

Presentación Dossier: Género y Cultura en América Latina. La cultura como espacio de construcción de las identidades. Repensando el género.

Dossier Presentation: Gender and Culture in Latin America.

Culture as a space for the construction of identities. Rethinking gender.

Cecilia Colombani

Universidad de Morón, Argentina

ceciliacolombani@hotmail.com

Susana Dominzain

Universidad de la República, Uruguay

susanadominzain@gmail.com

Ponemos en consideración algunas reflexiones teóricas que han inspirado el presente dossier, articulando los conceptos de cultura y género. Sobre estas consideramos los autores han desplegado sus reflexiones, pensando los temas propuestos sobre el escenario de América Latina.

Martín Buber (1974) sostiene que es imposible captar al **existente humano** por fuera de la relación. Cuando se refiere a las palabras fundamentales del lenguaje se refiere al par Yo-Tú y al par Yo-Ello. De allí que exprese: “Las palabras fundamentales del lenguaje no son vocablos aislados, sino pares de vocablos” (7).

El **existente humano** sólo puede ser captado en relación, ya sea con los objetos o con otros hombres. Y en esa dimensión que abre el universo personal, “La palabra primordial Yo-Tú establece el mundo de la relación” (Buber, 1974: 8).

El **existente humano** no puede vivir sin el Ello, en tanto universo material que sostiene su existencia, “pero quien sólo vive con el Ello, no es un hombre” (Buber, 1974: 34).

En este marco de relaciones vinculares, una de las notas características de lo humano como tal es la posibilidad de transformar la naturaleza. Se trata de aquello que distingue al **existente humano** del animal, ya que para éste la naturaleza constituye meramente una prolongación, de la cual no tiene registro ni conciencia. El animal está fundido a la naturaleza, fusionado con ella, sin la posibilidad de tomar distancia, lo que equivale al movimiento antropológico por excelencia de distanciarse del objeto para problematizarlo y transformarlo.

El universo humano es precisamente la capacidad transformadora de lo natural, tensionando así la clásica díada naturaleza-cultura. El **existente humano** trasciende la naturaleza con su obrar. Inscribe su hacer en una dimensión poética que es, al mismo tiempo una dimensión *etho-poiética*. En efecto, con su acción, *poiesis*, el **existente humano** se instala en un mundo también humano. Despliega un *êthos*, en tanto modo de actuar, manera de ser, estilo de vida. Es en ese transformar la naturaleza donde el **existente humano** se constituye como tal.

Imprime en el *tópos* natural una marca humana, una huella de sentido y un registro que sólo puede ser definido desde la dimensión antropológica. El **existente humano** es así un hacedor de cultura. La cultura es el producto de su hacer simbólico, de su capacidad de trascender el mero *hábitat* para convertirlo

en un *tópos* humano, cargado de significación, valores y signos, sólo destinados a una apropiación cultural.

El **existente humano** es más que las bestias precisamente porque es capaz de instalarse en el mundo desde el lugar del sentido, resignificando la mera naturaleza y humanizándola, esto es, inscribiendo un nombre humano en ella. Su posición consiste en ese *tópos* intermedio entre dioses y animales.

Así, la noción de mundo nunca implica una noción territorial, de registro topológico-espacial, sino un concepto antropológico, de matriz significativa. El mundo es “su lugar en el mundo” (Heidegger, 1997:79), el domicilio existencial del hombre en tanto hacedor de cultura y explicita la relación del **existente humano** con la naturaleza como primer enclave antropológico.

El propio término ‘cultura’ resulta ilustrativo al respecto. Su parentesco con el verbo latino *colo*, cultivar y el adjetivo *cultus* abre el horizonte de una metáfora del cultivo. Transformar lo salvaje a través de la mano del existente humano en un suelo cultivado se inscribe en la misma configuración semántica del término. La tensión entre lo salvaje y lo cultivado se aloja en la base de toda consideración antropológica.

Una segunda consideración que subyace en el universo cultural es la relación del existente humano con los otros. En efecto, no sólo tiene conciencia de sí, sino también conciencia del otro, sabiendo que su ser en el mundo implica también un ser en relación, un “ser con”. El existente humano se constituye en relación con los otros, atravesado por un universo simbólico de valores, comportamientos e instituciones que regulan las relaciones interpersonales.

La instalación significativa implica una *eto-poiética*. Una instalación significativa supone un núcleo significativo: valores, símbolos, imágenes primigenias, ideas, creencias, bases constituyentes de la identidad, ya que toda “toda formación cultural es, al mismo tiempo, organización y sentido. Sentido que se organiza históricamente. Organización significativa que se despliega espacial y temporalmente” (Santillán, 1985: 23). En este horizonte, el valor que la comunidad imprime a su modelo de instalación, determina los principales códigos que rigen el comportamiento colectivo.

La cultura opera como suelo de instalación, como trama de contención, urdimbre y tejido simbólico que protege antropológicamente al existente humano de su precariedad existencial; no sólo protege al hombre sino también a la historia como espacio de instalación colectiva; construye una memoria de inscripción comunitaria, lo cual se suma a la noción de cobijo, ya que la memoria es un *topos* de contención humana, territorializa al existente humano en un espacio de pertenencia simbólica e histórica.

Sentido y mundo son nociones solidarias que se autoimplican y sólo desde el *topos* del sentido el hombre toma posesión del mundo, lo hace suyo, le imprime su marca, lo humaniza.

Toda forma de habitar el mundo implica, como anticipamos, una *etho-poiética*. La cultura constituye una usina productora de sentido. Se trata del entramado simbólico desde el cual el mundo se vuelve una unidad de sentido y, por ende, habitable desde ese orden-kosmos humano.

Ahora bien, es en este territorio de construcción histórica de sentido donde la representación de la mujer ha resultado una ficción política en tanto campo de juego de las relaciones de poder. A partir de tal construcción, se nos impone

pensar la espacialización histórico-política, problematizar los ámbitos de saber funcionales al desvelo histórico de construir un modelo de identidad femenina territorializado en ciertas esferas y no en otras, así como repensar la ficción y consolidación de un modelo cultural donde las mujeres quedan fijadas al espacio de la sumisión como marca identitaria de los sujetos producidos, en el marco de esos juegos de poder que se dan al interior de la trama cultural.

Proponemos pensar la problemática de género desde la arqueología foucaultiana (Foucault, 1964). La perspectiva arqueológica supone hacer visible la consolidación de capas o pliegues, que consolidan una cierta espesura de saberes, prácticas y discursos, que va construyendo una determinada experiencia en torno a un objeto de problematización y ficcionando la urdimbre de una cierta imagen-representación, al tiempo que pone de manifiesto ciertos juegos de poder que son, en última instancia, los que posibilitan tal emergencia. Es en ese territorio donde debemos anclar para desmontar la construcción de lo femenino y desde esa gesta, repensar el modelo, problematizar la configuración de la identidad femenina, proponiendo precisamente un cierto descenso arqueológico, excavando esas capas superpuestas y transitar así cierto conglomerado cultural, que permita visibilizar el actual registro de la mujer en relación a la asignación de los espacios genéricos, y, por ende de los respectivos espacios de saber-poder a partir de la solidaridad entre saber y poder. La tarea nos permitirá visibilizar las marcas identitarias de este sujeto cultural y ver cómo la cultura es una usina productora de subjetividad.

El desafío consiste en rastrear una cierta prehistoria, convencidos de que sólo excavando la superposición de capas que a lo largo de la historia han constituido la experiencia de lo femenino, se puede problematizar una cierta configuración genérica de cara a la situación actual de las mujeres, más allá de las novedades que la propia producción cultural arroja en cuanto al histórico papel de la mujer. La constitución de lo femenino arrastra tras de sí una espesura que constituye precisamente su prehistoria. Recorrer esa espesura es recorrer las capas de su formación como tal. En ese sentido, la visión arqueológica implica situarse en los pliegues de la historia como universo simbólico de representaciones. Sabemos del maridaje entre saber y poder. También conocemos cómo ese maridaje determina la producción de identidades y las asignaciones espaciales que toda cultura legítima.

En el corazón de este debate, la tarea de de-construcción consiste en indagar las condiciones de posibilidad de una determinada constitución identitaria. Sobre esta cartografía teórica, los autores han vertido magníficas reflexiones sobre la problemática propuesta hundiendo sus raíces escriturales en la América profunda. La polifonía de voces y de estilos, la sinfonía de problemas tratados, los vínculos que se pueden establecer a partir de la lectura de los trabajos, dan cuenta de un modelo de instalación territorial y conceptual.

Estamos felices de haber organizado este dossier que constituye un modelo de resistencia teórica y práctica.

Dejamos a continuación que hablen los autores.

Cecilia Colombani
Susana Dominzain
Editoras

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BUBER, M. (1974) Yo y tú. Nueva Visión, Buenos Aires.

FOUCAULT, M. (1964). Las palabras y las cosas. Editorial Siglo XXI, México.

HEIDEGGER, M. (1997) Ser y tiempo. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.

SANTILLÁN GÜEMES, R. (1985) Cultura, creación del pueblo. Guadalupe, Buenos Aires.

